

Me parecè que en todo hombre que ha comprendido el peligro de la enseñanza de una falsa doctrina por una santa verdad, no pueden existir dudas respecto á lo que debe hacer, aun cuando no abrigue ninguna convicción positiva que pueda inculcar en el niño. Si yo sé que un engaño es un engaño, no puedo en modo alguno decir á un niño que me interroga con fé sencilla, que el engaño es una verdad santa.

Lo mejor sería responder la verdad á todas estas preguntas, á las que la Iglesia responde con tanta falsedad, pero yo no puedo hacerlo, al menos no daré la mentira por verdad, pues de la verdad no deriva más que el bien. Además parece increíble que un hombre no pueda hablar á un niño de la verdad religiosa, positiva, por aquel profesada.

Todos los hombres sinceros conocen el bien por el que viven; que se lo indiquen á los niños, á los que la vida se lo ha de demostrar, y así obrarán bien y con seguridad que no perjudicarán á los niños. He escrito un libro titulado *Doctrina Cristiana*, en el que he querido decir, con la mayor sencillez y claridad, lo que yo profeso. Ese libro no estaba al alcance de los niños, por más que pensé en ellos principalmente al escribirlo. Si me fuera preciso explicarle al punto á los niños los principios de la doctrina religiosa, que creo verdadera, les diría que hemos venido al mundo y que vivimos en él no por nuestra voluntad, sino por la voluntad de aquel á quien llamamos Dios y que, por lo tanto, sólo obramos bien al cumplirla. Esta voluntad consiste en que todos seamos felices y para que todos seamos felices no hay más que un medio: **ES PRECISO QUE CADA HOMBRE HAGA Á LOS DEMÁS LO QUE ÉL QUISIERA QUE LOS DEMÁS LE HICIERAN.** A las preguntas ¿cómo han nacido las gentes? ¿Qué será